

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

El destello de los templarios

Desde hace siglos, la historia de la orden del Temple se ha presentado rodeada de misterio, de culto al diablo de los que a ella pertenecían, es decir, una mezcla de esoterismo y maldad aderezada al gusto de los ingenuos y, sobre todo, de los morbosos. Yo suelo desconfiar de este tipo de historias, sobre todo cuando percibo que el vilipendio del supuestamente malo beneficia a persona o personas muy concretas.

Algunas recensiones del magnífico libro "Vida y muerte de la orden del Temple", de Alain Demurger, que hace justicia a los templarios, confirmó que hubo realmente un sucio juego que sirvió para enriquecer a más de un monarca, empezando por el rey de Francia Felipe IV, llamado el Hermoso. Hasta aquí, era poco lo que yo sabía de esa turbia historia: que la orden del Temple fue fundada el año 1120 en Jerusalén, después de la primera cruzada; que un grupo de nueve caballeros del norte de Francia, conducidos por Hugo de Payas, redactó y aprobó la regla de la nueva orden, que fue aprobada en el Concilio de Troyes, al que asistió san Bernardo. El Temple fue la primera orden militar de la cristiandad. Hasta aquí, y hasta su trágico final llegaban mis escasos conocimientos de historiador bastante aficionado. Pero tuve la fortuna de que recientemente, en la ciudad de Montblanc, capital de la Conca de Barberà, se celebrara el primer curso internacional sobre órdenes religiosas y religioso-militares, titulado "La orden del Temple: institución, arte y finanzas". No puedo dejar de agradecer las ponencias de catedráticos, profesores y amigos, que con sus investigaciones, dedicación y esfuerzo pusieron a mi alcance un material histórico de primera magnitud: sus nombres son A. Demurger, A. J. Forey, L. Pagarolas, A. Conte, J. M. Sans Travé y J. Fuguet.

El inicial objetivo del Temple fue asegurar militarmente el camino entre Jaffa y Jerusalén, que clérigos, frailes y peregrinos debían seguir obligadamente para llegar a la Ciudad Santa. Pero muy pronto los templarios tuvieron que pasar de esa actitud defensiva y entrar en combate como atacantes, como ocurrió en Damasco el año 1129. Y a partir de la segunda mitad del siglo XII, juntamente con los Hospitalarios de San Juan —que, sin abandonar su dedicación a la caridad, habían decidido pelear— fueron el brazo armado que defendía Siria y Palestina.

El desorden era tan grande, que ya en el Concilio de Clermont, del año 1095, el Papa Urbano II diría a los caballeros cristianos: "Id a combatir al infiel, al enemigo de Cristo, en vez de sembrar el terror entre los cristianos." El Temple, y posteriormente los hospitalarios, acabaron con esta situación: el Temple fue el mayor logro de la reforma gregoriana; cumplía con la oración y tenía miembros que trabajaban para suministrar dinero, armas y

alimentos para su brazo armado: los caballeros templarios combatientes.

En efecto, el Temple halló en Occidente los recursos materiales y también humanos que necesitaba para combatir en Tierra Santa. Después del Cister y de los cluniacenses, la orden del Temple empezó a recibir, en la Europa católica, donaciones en dinero, en tierras, en fincas urbanas, todo ello produciéndoles rentas en general muy bien administradas, y



JAVIER AGUILAR

SE FALTA A LA VERDAD

cuando se dice que el

Temple se inventó la

banca. Ni se inventaron la

banca ni se sirvieron de ella

sin contar con las abundantes limosnas. Además, el siglo XII fue rico en cosechas y otros bienes.

En la península Ibérica la reconquista de las regiones antes invadidas por el islam es lenta, pero no cesa. En 1131, el rey de Aragón, para atraer a sus dominios más fuerzas armadas pertenecientes a las órdenes del Temple, del Hospital y del Santo Sepulcro, les ofrece repartir entre los tres su reino, como herencia, tanto debía esperar de ellos. Pero los tres posibles beneficiarios no aceptaron tal propuesta, que significaba abandonar Tierra Santa. Sin embargo, un contingente templario bastante reducido acepta la misión de defender las tierras reconquistadas y cristianizar a la población que se había pasado al islam, a la fuerza o

no, y alzar fortalezas en las zonas de frontera, aprovechando anteriores edificaciones musulmanas y construyendo casas-castillo como las de Monzón, Miravet, Barberà de la Conca y otros lugares.

Toda Europa cristiana ve surgir multitud de casas y castillos del Temple. Estas casas estaban organizadas en comandas, y estas en provincias. En las grandes y medianas ciudades, el Temple poseyó propiedades urbanas, por donación o compra, y también se fueron dedicando al comercio, primero regional, más tarde nacional y finalmente internacional. Se falta a la verdad cuando se dice que los templarios se inventaron la banca. Ni se inventaron la banca ni se sirvieron de ella. Es cierto que transferían a Oriente dinero y avituallamiento para sus hermanos los caballeros de la orden, que en condiciones de inferioridad numérica y en difícil medio, combatieron hasta el agotamiento.

Cuando Saladino conquistó la Ciudad Santa de Jerusalén, el año 1187, el Temple y otras órdenes, y también caballeros y soldados cristianos, se hicieron fuertes en Antioquía, Safed, Trípoli o Gaza. Los templarios fueron siempre la punta de lanza de la cristiandad y los mejores defensores de las tierras de Oriente. Su caballería atacó siempre la primera, y sus bajas en combate fueron muchísimas. A la hora de defenderse ante un enemigo superior, nunca se rindieron.

Su organización fue variable, adaptándose a las necesidades de tiempo y lugar. Mientras les fue posible mantenerse en Jerusalén, los templarios hicieron de la mezquita de Al Aqsa su cuartel general: se decía que la mezquita había sido construida sobre el antiguo templo de Salomón. Tanto allí como finalmente en su último refugio, la isla de Chipre, estaba establecido que en la cúspide de los templarios estuviera el gran maestro, que dirigía la orden ayudado por un consejo de caballeros nobles y otros dignatarios, de los que los más importantes eran: el mariscal, o jefe del Estado Mayor de la caballería, el "turcoplero", que dirigía a la caballería ligera al estilo turco, y el intendente, que se ocupaba de las vituallas y del armamento.

Existieron, en Oriente y en la Europa cristiana, diversas clases de templarios: los caballeros, nobles y además libres, que eran los únicos que podían vestir el manto blanco con la cruz roja; los jinetes no nobles, que combatían también a caballo; los curas, sacerdotes y frailes que hacían voto de castidad, pobreza y obediencia, que se dedicaban a diversos oficios y también a actividades económicas; y finalmente los cofrades, personas que querían ayudar al Temple.

Los templarios sólo estaban bajo la autoridad del Papa, aunque esta de poco les valió ante la perfidia del "hermoso" Felipe IV, el rey francés, que cometió la tropelía de injuriar, hacer juzgar y llevar a la hoguera a unos hombres honestos y valerosos. ●